

Núm. 6.—Enero de 1852.

AÑO 2.º

EL

TOMO 1.º

CORREO DE LA MODA.

PERIODICO DEL BELLO SEXO.

MODAS, LITERATURA, BELLAS ARTES, TEATROS, ETC.

Fundado en 1.º de noviembre de 1851.



REDACCION :

CONCEPCION GERÓNIMA, NUM. 1, LITOGRAFIA DE CASTELLÓ,

Madrid.

CORREO DE LA MODA

ADVERTENCIA INTERESANTE.

Con este número repartimos á nuestras apreciables suscriptoras una polka, que bajo el título de *Los cuatro amigos*, ha compuesto espresamente para el periódico el maestro D. Juan Daniel Skoczdo pole.

La empresa del *Correo de la Moda*, constante en su primera idea de elevar esta publicacion á la altura que no ha estado jamás ninguna de las de su clase en España, ha creído de la mayor importancia dirigirse á tan distinguido cuanto eminente artista, invitándole para que se dignase amenizar con sus luces la parte musical de la misma, á cuya invitacion ha correspondido con agrado dicho señor, ofreciéndonos desde luego su mas constante y eficaz cooperacion.



Imprenta de ANDRÉS PEÑA, Leganitos, 24.

EL

CORREO DE LA MODA.

PERIÓDICO DEL BELLO SEXO.

UNA AMIGA PELIGROSA.

En los alrededores de los Gobelinos y de la calle de Mouffetard, en esas regiones perdidas de París desconocidas á casi todos sus habitantes, desde las cuales no sabe uno por donde echar para encontrar las Tullerías y el Louvre, los campos Eliseos y la Magdalena, en aquel intrincado laberinto de calles cortas, estrechas, tortuosas, sin fisonomía, sin aceras y casi sin nombre, mal pavimentadas y mucho peor habitadas, se descubren sin embargo algunas ruinas, trozos de piedras con arabescos de escultura carcomidos por el tiempo y destrozados por el martillo. Ogivas santas cubiertas con estucos, pobres y desoladas maravillas de otra edad, que estan allí hace ocho siglos, y que acaso antes de ocho dias habrán desaparecido.

Aquellas ruinas son las reliquias del palacio de la reina Blanca.

Cerca de ellas y como para defenderlas del vandalismo de los demolidores, se estiende sobre el terreno que las rodea una inmensa herrería, cuya actividad demuestran las altas chimeneas siempre humeantes. Un pequeño pabellon cubierto de follaje que se destaca de las oficinas de explotacion, y cuyo jardin concluye á los pies de las citadas ruinas antiguas, parece que reúne dos épocas separadas por tantos siglos.

En el momento que entramos en esta modesta habitacion reinaba en ella cierto aire de fiesta, y todos se hallaban ocupados en preparativos hospitalarios. Una jóven y activa criada acababa de poner la mesa en medio del reducido comedor, cuyas ventanas que daban al jardin estaban abiertas, y permitian entrar con los dulces rayos del sol de mayo las exhalaciones balsá-

micas de las flores que ocultaban en medio de sus brillantes canastillos las plantas mas humildes pero mas útiles para la economía doméstica. Inmediata al comedor habia una pequeña cocina, de la cual salia un vapor suavísimo que se percibia de bastante lejos, y una vieja cocinera iba y venia dando vueltas y revueltas con una actividad impropia de su edad, que manifestaba el afan con que pretendia probar su habilidad.

En la sala adornada con muebles sencillos de caoba, cubiertos con persiana y cortinajes de la misma tela, se hacian otros preparativos. Dos inmensos jarrones, único lujo de la sala, estaban ya llenos de flores frescas y variadas, y los floreros que adornaban la consola y la chimenea iban á serlo igualmente.

Teniers ó Gerardo Dow habrian pintado un hermoso cuadro con el grupo de figuras reunidas en la sala.

Una anciana ciega, de aspecto venerable y melancólico, con sus cabellos blancos bien peinados, estaba sentada en una ancha butaca; su vestido era blanco como sus cabellos, y delante tenia un torno de hilar de marfil, todo lo cual le daba una apariencia suave y casi fantástica que sorprendia y agradaba al mismo tiempo.

Una niña de tres años y un niño de cinco, dos ángeles en hermosura y gracia, estaban recostados sobre los brazos de la butaca, apoyándose en las rodillas de la respetable señora.

El niño sonrosado y moreno, con grandes ojos negros como el terciopelo, contemplaba de cuando en cuando

con satisfacion su linda blusita de cachemir azul celeste, su pantaloncito blanco, y sobre todo los botitos de charol con botones de nacar que brillaban en sus pies.

La niña era rubia con interesantes ojos azules, y llevaba un precioso vestido blanco bordado, con la espalda descubierta lo mismo que los brazos y piernas, resguardadas del aire solo por unos bonitos calcetines escoceses contenidos dentro de unos zapatitos de tafilete negro con borlillas.

Sentada á una mesa, y ocupada en arreglar simétricos ramilletes de flores para colocar en los floreros, una interesante jóven vestida, si no elegantemente, por lo menos con gracia y buen gusto, escuchaba con toda la atencion que una madre pone siempre en semejantes ocasiones, la conversacion poco menos que ininteligible de sus queridos hijos que su abuela tenia en brazos, y que sin duda la entretenian con alguna cosa muy interesante, porque los dos hablaban á un mismo tiempo con los ojos inflamados y la sonrisa en los labios.

—¿Pero que es lo que dices tú, mi querida Mariquita? ¿Y tú tambien, Valentinito? les preguntó su bondadosa abuela que hacia los mayores esfuerzos para entenderlos.

—¿Pues qué, de veras no comprendes V. lo que hablan? dijo la jóven con cierta admiracion.

—Creo haber oido alguna cosa como *domingo, vestido*, contestó la venerable ciega, pero esto tan complicado con otras voces, que si tú, mi querida Magda-

lena, no vienes en mi auxilio y me tra-
duces esa jerga en lengua vulgar, ten-
dré que renunciar á descifrar el enigma.

—Pues bien, mamá, le preguntan á V. si hoy es domingo, porque se les han puesto los vestidos nuevos.—¿No es verdad, hijos míos, que es eso lo que preguntais á la abuelita?

Mariquita hizo un signo afirmativo con su rizada cabeza, mientras Valentinito esperaba con toda atencion la respuesta.

—No, hoy no es domingo; pero es fiesta, les dijo su abuela abrazándolos.

La jóven tuvo que volver á intervenir y traducir de nuevo el lenguaje infantil.

—Le preguntan á V., mamá, por qué es hoy día de fiesta.

—Porque debe llegarnos esta mañana una amiga, respondió la amable vieja, y cuando una amiga viene á visitarnos es siempre fiesta.... hijos míos.

En este momento se abrió la puerta de la sala y entró un hombre de unos treinta años, de buena é interesante figura.

Y bien Magdalena, dijo, ¿tu bella marquesa no acaba de llegar?.... ¿Acaso es demasiado gran señora para ser exacta? Pues Luis XIV decia que la exactitud era la urbanidad de los reyes y de las señoras; y tenia razon, porque no hay cosa de mas mal gusto que hacer esperar.

—No te molesta mucho haciéndote esperar así, Pablo, dijo la jóven sonriendo, y aludiendo al traje de trabajar que llevaba su marido; en concien-

cia no te has perjudicado mucho para tener el derecho de quejarte.

Con efecto, Pablo Legrand, dueño de aquella fábrica, vestia su blusa gris de trabajar, manchada de negro por los accidentes de la fragua. Su frente ancha y noble, sus manos blancas y nerviosas, algo ennegrecidas por el humo, indicaban que Pablo no se contentaba con mandar, sino que sabia tambien ejecutar en caso de necesidad, honrando el trabajo manual, practicándolo de vez en cuando, ya para animar, ya para dar ejemplo á los operarios.

—Tienes razon, Magdalena, dijo echando una mirada entre burlesca y vergonzosa á su blusa sucia, y en verdad que no debo presentarme así á tu marquesa; pero he tenido que permanecer hasta este momento en el taller para dirigir una operacion importante, y los negocios pasan con tanta rapidez como los placeres. Y puesto que tu amiga es bastante prudente para hacerme esperar, voy á vestirme y procuraré manifestarme tambien orgulloso.

Al decir esto volvió á abrirse la puerta, y se presentó una hermosa señora con un elegante traje de viaje.

Al verla Magdalena dió un grito de alegría y se precipitó en sus brazos.

«¡Florenxia, mi querida Florenxia, por fin has llegado! decia, cubriéndola de besos. He contado los días con grande impaciencia. ¡Tenia tantas ganas de verte! Y despues de todas estas caricias:

—Hé aquí mi madre, dijo la jóven, y mis niños, y mi marido, añadió,

dirigiendo una mirada furtiva á Legrand, que se hallaba detrás de una puerta, donde se había escondido avergonzado de que la huésped le viese en aquel traje.

La bella marquesa de Mérande saludó á la ciega, la cual le tendió dulcemente la mano.

—Nuestra pobre madre está privada de la vista, Florencia; para ella no basta la cortesía, es necesario cariño, dijo tiernamente Magdalena, cogiendo la mano de su amiga para unirla á la de la madre de su marido. La marquesa lo hizo maquinalmente, no por corresponder á aquella muestra de amistad; luego besó á los niños, y escudriñando con la vista:

—¿Y tu marido, dónde está Magdalena?

—Aquí, contestó alegremente la joven, sacando á Pablo de su escondite: está avergonzado del traje que lleva; pero añadió con noble orgullo: Legrand es el alma de nuestra fábrica, y en un establecimiento de tanta importancia como el nuestro su presencia entre los operarios es mas que necesaria, es indispensable.

La marquesa procuró disimular la estrañeza desdeñosa de no encontrar mas que un artesano en el marido de Magdalena; pero la sonrisa con que le saludó, aunque llena de aparente amabilidad, dejó escapar á pesar suyo una amarga ironía que hirió cruelmente á Pablo, el cual se puso colorado mas de despecho que de vergüenza; sin embargo, ofreció á la marquesa su mano ennegrecida por el trabajo para condu-

cirla al comedor, cuando les anunciaron que el almuerzo estaba en la mesa. Concluido este, que fué mas afectado que alegre, Magdalena condujo á Florencia á la habitacion que le tenía preparada, pues la bella marquesa debía pasar algun tiempo en su compañía.

Una vez solos con su abuela y su padre, los niños volvieron á su alegre gorgoriteo.

—Y bien, Mariquita, ¿qué te parece la bella señora? preguntó Legrand á su niña tomándola en brazos.

Mariquita abrió sus grandes ojos azules, su fisonomía tomó una espresion casi repugnante, y moviendo tristemente su cabecita rizada:

—Es mala la señora tartamudeó.

—¡Oh! sí, sí, mala, dijo Valentinito, subiéndose de un salto sobre las rodillas de su padre.

Al oir estas palabras, el rostro de la pobre ciega se alteró visiblemente; y sea que creyese en la verdad del instinto y penetracion de los niños, ó que obedeciese á un presentimiento que no acertaba á esplicar, lejos de tomar á broma las palabras infantiles, se acercó á su hijo, y dirigiéndose á Valentinito como mayor y mas capaz por consiguiente de comprender por qué pensaban así:

—Dime, hijo mio, ¿por qué esa señora que tanto ama á tu madre es mala? le preguntó cogiéndole la mano.

—¿Sabes por qué, abuelita..... dijo el niño..... sí, sí, es mala.

La señora Legrand soltó temblando la mano de Valentinito, y cogiéndose del brazo de su hijo fué á sentarse

tristemente en la butaca que habitualmente ocupaba en la sala.

Mientras que volvía á tomar su turno, cuya monótona rotacion la distraía, que el honrado Legrand se dirigía á su taller y que los alegres gritos de los niños que jugaban en medio del césped y las flores mostraban que sus impresiones eran tan fugaces como sus pensamientos, nuestras dos amigas, encerradas en la habitacion de Florencia, conversaban familiarmente, esplayando sus corazones con la dulce confianza de la amistad.

—Mi historia es muy corta, decia Florencia; me casé, como sabes, al salir del convento, donde pasamos juntas tan dichosos años, y donde nos ligamos con una amistad que espero durará eternamente.

Las dos amigas sellaron con un beso esta promesa.

—En cuanto se celebró mi matrimonio, continuó Florencia, el marqués de Mérande, mi esposo, me condujo á sus estados donde permanecí hasta el momento de su muerte acaecida hace un año, y si no fuera por el placer que me producian tus cartas, querida Magdalena, me hubiera muerto de tristeza en aquel antiguo palacio. Ese es todo mi pasado. En cuanto al presente, soy libre, viuda, huérfana, y nadie tiene derecho sobre mí; y en cuanto terminen los negocios que me han traído á París, decidiré en mi alta sabiduría el género de vida que me conviene adoptar. Por consiguiente, sobre mi suerte futura solo te diré como los orientales: *Dios es grande, y el porvenir oculto.*

Ahora, preciosa Magdalena, cuéntame la interesante historia de tu vida, añadió la marquesa sonriendo, porque para mí no hay historia mas fria que la que se cuenta en una carta.

—¡Pobre Florencia! murmuró Magdalena, mirándola con dulzura y dolor; ¡qué frio me parece tu pasado, y qué debil tu corazón! Casi temeria afligirte refiriéndote cuán generoso ha sido el cielo conmigo proporcionándome la felicidad, si no conociese toda la nobleza de tu alma y el tierno afecto que me profesas.

Y diciendo esto, la cariñosa Magdalena se arrojó en los brazos de la marquesa, besándola dulcemente; pero mientras tanto se diseñó en el rostro de esta una espresión estraña.

—¡Con que eres dichosa, completamente dichosa, Magdalena!..... dijo, recobrando toda su calma, y nunca has tenido sentimiento, tú, la hija del conde de Chambure, de verte enlazada con el artesano Legrand.

—¡Sentimiento! exclamó Magdalena sorprendida. ¡Oh! no, jamás; y mi corazón apenas basta á contener todo mi agradecimiento, todo mi amor á mi esposo, al padre de mis preciosos hijos. ¿Pero tú no recuerdas ya Florencia las circunstancias que ocasionaron mi casamiento? ¿Has olvidado por ventura, amiga mia, las desgracias que me rodeaban cuando el mas generoso de los hombres vino á ofrecerme su mano, su nombre y su fortuna? Escúchame, pues, y tú misma juzgarás cuánto agradecimiento debo á Dios, y á mi bueno y querido Pablo, añadió Mag-

dalena, cuyas mejillas se animaron y cuyos ojos brillaban de felicidad, recordando la noble conducta que su marido habia observado con ella.

—Poco despues de tu salida del convento, querida Florencia, mi buen padre cayó gravemente enfermo, y mi madre vino á buscarme para que le asistiese. Durante algun tiempo nuestros esfuerzos reunidos lucharon contra la cruel enfermedad que padecia. Pero un dia, ¡ah! la muerte triunfó de nuestro celo, y mi pobre padre exhaló el último suspiro entre mis brazos. Esta fué la primera de nuestras desgracias; pero los males nunca vienen solos, y nosotras tuvimos motivos para convencernos de la verdad de este refran; pues apenas mi padre habia desaparecido del mundo, cuando la justicia y los acreedores se apoderaron de nuestra fortuna, y á pesar de nuestras reclamaciones, mi madre y yo quedamos sin ningun recurso. ¿Qué partido tomar? ¿Qué iba á ser de nosotras?

Dios sin duda me sostuvo en la terrible prueba á que nos sujetaba; pues yo fui quien reanimó el espíritu abatido de mi pobre madre. Tomamos una habitacion reducida y modesta, y durante algun tiempo nos mantuvimos con el trabajo de nuestras manos.

«Un dia que fui á entregar algunas obras que nos habia encargado un comerciante, encontré en su tienda un jóven de amable y gentil figura; conocí que me miraba con interés, y sin duda debió informarse del comerciante á cerca de nuestra posiccion, pues al dia siguiente vino á visitarnos.

—»Perdone V., señora, dijo á mi madre, el atrevimiento de presentarme en esta casa sin tener el honor de conocer á V., y suplico á V. se digne recibirme como amigo, pues no ignoro cuán nobles y grandes son VV. en el infortunio. Vengo, pues, á ofrecer tanto á V. como á su digna hija mis servicios si pueden serles á VV. de alguna utilidad.

»Mi madre miró con sorpresa y enterrecimiento al desconocido que le hablaba de aquella suerte; pero no observando en su rostro mas que la magnanimidad sincera de un corazon recto y honrado:

—»¿Y de qué pueden aprovecharnos tan buenas palabras, caballero? le dijo ofreciéndole una silla.

—»Señora, su hija de V. me ha inspirado el paso que acabo de dar, contestó. Ayer cuando vino á casa del comerciante á devolver su obra me hallaba allí casualmente, y me conmoví hasta el fondo del alma al ver la nobleza de su aspecto, lo distinguido de sus maneras y la sencillez digna y grande que revelaba á mi corazon un cruel infortunio oculto con la resignacion de la virtud. Cuando se marchó ví confirmados mis presentimientos, pues supe que tan interesante jóven era el único apoyo de su madre; entonces, perdone V. señora, añadió, dejando leer en su noble fisionomía todo su enterrecimiento, he pensado en mi madre y en mí, en mi pobre madre á quien adoro, y que menos dichosa que V. se halla atacada de una enfermedad terrible, y he venido á ofrecer á V. mis servicios.

—¿Y qué servicios puede V. ofrecernos, caballero, le preguntó sonriendo la señora de Chambure. ¿Es V. por casualidad comerciante en lienzo y ropas hechas?

—No señora, contestó el desconocido con cierta turbación, soy artesano; pero tengo numerosos conocimientos, he hablado á mi madre de mis deseos y me ha prometido ayudarme con todas sus fuerzas....

«Sería demasiado pesado, querida Florencia, contarte todos los pormenores de aquella larga conversacion; bastará decirte que al día siguiente la madre de Pablo vino á visitarnos, nos trajo aquí, y quince días después seguía yo al altar á su generoso y excelente hijo.»

—¿Y tu madre, la condesa de Chambure consintió en el casamiento?..... exclamó con sorpresa la marquesa de Mérande.

—¿Cómo si consintió?..... dijo Magdalena sorprendida á su vez; no solo consintió, sino que se tuvo por feliz y honrada, y hasta el último día de su vida (bien corta por desgracia, pues murió dos años después de mi casamiento), bendijo al cielo por haberla dado un hijo tan noble, y á mí un esposo tan virtuoso.

—¿Y quiénes son los antepasados de tu marido, porque los tendrá sin duda? preguntó la bella Florencia con una sonrisa algún tanto desdeñosa.

—¡Sus antepasados! exclamó Magdalena soltando una alegre carcajada. Por mi fé, Florencia, que nunca me he informado. Sé únicamente que Pablo

es hijo de un molinero; que su padre teniendo poca fortuna y mucha ambición le puso en un colegio, y como fué un excelente discípulo, entró en la escuela politécnica, salió de ella con la nota de sobresaliente, y fué uno de los ingenieros mas instruidos, después un industrial importante; en fin, que es tan respetuoso y buen hijo, como excelente esposo y tierno padre, y que en medio de mi familia soy la mas feliz de las mujeres.

—Tanto mejor..... Magdalena, tanto mejor verdaderamente para tí..... dijo Florencia; tú lo sabes, querida mía; la fé es lo único que nos salva. ¿Y á tu ilustre abuelo el molinero lo ves á menudo? preguntó con aire grave y no poco impertinente.

—El pobre Legrand murió hace ya mucho tiempo, respondió sencillamente Magdalena, sin hacer caso del sarcasmo de su amiga, y la madre de Pablo es para mí la mejor de las madres.

Pero te dejo al tocador, prosiguió, y voy abajo, pues me llama mi hija, y yo obedezco sus órdenes soberanas.»

Y Magdalena salió llevando en su corazón un sentimiento inexplicable de disgusto contra su amiga, mientras esta se encogió de hombros y murmuró algunas palabras.

«¡Pobre tonta! es preciso que yo la ayude á salir del fango en que yace.»

Y Florencia cumplió su palabra; porque poco tiempo después de su llegada la felicidad huyó de la morada dichosa y animada en que parece había querido fijar su residencia, como vimos al principio de nuestra relacion.

La marquesa de Mérande empleó en sus negocios los primeros días de su llegada á París, y luego insensiblemente se entregó al gran mundo, arrastrando tras sí á la demasiado débil y afectuosa Magdalena, que creía obsequiar á su amiga acompañándola á todos los salones aristocráticos que frecuentaba la jóven marquesa.

Su orgullo de mujer y el tierno cariño que profesaba á su marido recibieron una herida profunda cuando vió á la vanidosa Florencia presentarla con el nombre de su padre el conde de Chambure, despreciando el humilde pero honrado que con su matrimonio le habia traído Pablo Legrand con la felicidad y la fortuna. Reconvino agriamente á la marquesa; pero poco á poco el demonio del orgullo se apoderó de su alma, y ya lejos de reprender á Florencia, era ella la primera que se adornaba con un nombre y un título que con su madre habia descendido al sepulcro.

Su carácter se resintió de este cambio de vida, siendo menos tierna para sus hijos, menos afectuosa para su marido y menos atenta para la pobre enferma, que participaba de la tristeza y disgustos de su hijo, y sufría mucho mas la desgraciada, porque su corazón de madre y su penetración de mujer la hacían presentir la desgracia que amenazaba á su familia.

El físico de Magdalena habia sufrido la misma transformación que su moral; hasta entonces su traje sencillo y cómodo manifestó la mujer de gobierno y la madre de familia, que se embellecía

en sus hijos y en la modestia. Pero hoy llevaba los trages mas nuevos y elegantes; la vestía la célebre Baisieux, modista de la aristocracia; no aparecía novedad alguna en sombreros, flores ó blondas en los mas famosos establecimientos de París, que no las comprase al momento.

El honrado y buen industrial, cuya debilidad con su mujer era estremada, sufría sin quejarse, y le daba cuanto dinero pedía para pagar sus locuras.

— «Ella se cansará pronto de esa vida irregular y disipada», decía á su madre, y volverá á reposar á nuestro lado, porque conocerá que en eso consiste su felicidad y la nuestra. Además esa maldita marquesa que la separa de su familia no permanecerá siempre en París, y Magdalena volverá en sí.

Entre tanto Magdalena proseguía en su vida de lujo y desarreglo, que la alejaba mas y mas de su casa; porque Florencia, viendo la hostilidad que principiaba á reinar en la familia por causa suya, abandonó el techo hospitalario en que habia introducido la perturbación, la inquietud y la frialdad, tomando casa en uno de los barrios mas concurridos de París, y Magdalena, que no podía vivir separada de su peligrosa amiga, pasaba con ella las mañanas enteras. (Se continuará).

POESÍA.

EL HURTO DE LAS MANZANAS.

Idilio.

Una noche apacible de verano
De luna clara y céfiro benigno,
Dejó la choza humilde
Damon, zagal maligno,

En los hurtos de frutas y de flores
 Célebre, y mas famoso
 En toda la comarca
 Que en donaires de amor, amor donoso.
 Ni aquel de las Hespérides frondoso,
 Huerto sin par famoso en las historias,
 Con su dragon horrible de atalaya,
 Salvar pudiera sus manzanas de oro
 De un violador de frutas de tal laya.
 En verdad que por burla ufano hurtaba.
 Cuanto fruto temprano
 En sus ramas el huerto ver dejaba,
 Cuanta flor ó clavel mas oloroso
 El lozano pimpollo columpiaba
 En los verjeles ó árboles dispuestos
 En linde á su cabaña.

Salió meciendo en su enarcada mano
 El lindo cesto de flexible caña,
 Cuyo airoso asidero
 Tejió con sérpil y olorosos juncos.
 Y despues rebosando en alegría,
 Cual zagal burlador de pecho artero,
 Tomó por el sendero
 Que al ageno cercado dirigia.
 Frescas en él, hermosas cual lozanas,
 Cuando en el bosque nidos inquiria,
 Vió en la siesta colgar de los cogollos
 Pintadas ya y maduras las manzanas;
 Y por juro falló que el rubio fruto
 A su antojo y ardid correspondia,
 Como cierto tributo,
 Para colmar el cesto
 Y llevarlo despues á su pastora,
 Coronado de flores,
 Al despuntar de la cercana aurora.

«¡Oh! exclamaba el pastor, la clara noche
 Parece que convida
 Al logro de mi burla y travesura.
 La luna con su antorcha adormecida
 Al través del verdor de la espesura,
 Ilumina la senda
 Do el pié seguro estampo,
 Mientras las sombras del opuesto monte,
 De negros pinos y álamos cubierto,
 Cubren las vegas y el oscuro campo,
 Para impedir que nadie en la comarca
 Estas mis burlas ni mi robo entienda.
 Al conturbado brillo
 Del cielo azul y fúlgidos luceros,
 En el sereno estanque, vacilando,
 Se retratan los fúnebres cipreses,
 Y el eco suspirando,

Corresponde mil veces,
 Y con silbo resuena
 (Como de amores regalado y blando)
 Al cántico de dulce Filomena.

Mas ¡ah! que ya llegué en verdad cansado
 Por el áspero atajo y senda inculta
 Al florido vallado
 Y la arboleda amena,
 Donde Milon, uraño y miserable,
 Sus pomas guarda y su tesoro oculta.
 ¡Oh! ¡Y qué gozo será verle enojado
 Llorar de pura rábia,
 Al verse despojado
 De la fruta agradable,
 Púrpura en el color, panal en sávia.
 Mas héra aquí que encorba con su peso
 Los mas floridos tallos,
 Que á su hermosura rinden y á sus galas
 En plácido embeleso
 Tributos de verdor, como vasallos.
 ¡Oh envidia de las frutas, dulce poma!
 El céfiro te roba con sus alas
 El balsámico aliento y rico aroma.
 Flora sin duda, Flora con su beso
 Te formó así tan reluciente y pura,
 Mezclando á tu blancura
 El tinte de la rosa:
 ¡Oh fruta sazónada! ¡Oh poma de oro!»

Esto cantaba el zagalejo alegre,
 Mientras en la hermosa cesta
 De manzanas el colmo disponia.
 «Esta, esta, por ser la mas rosada
 Cortaré la primera.
 (Con voz mas dulce y blanda proseguia):
 Es blanca cual la cera,
 Y con rojo carmin toda manchada,
 Y esotras dos turgentes
 Tambien he de coger: son tan redondas,
 Tan llenas, que parecen de mi amada
 Los pechos inocentes.
 Aquellas, tras las ramas
 Se quieren esconder: son así blondas
 Como de la oropéndola el plumaje:
 Un beso con mi boca
 Las quiero yo imprimir, que allí los lábios
 De mi Dafnis querida
 Tambien se imprimirán con otro beso,
 Que por darles sin duda envidia, agravios,
 Contra tanto carmin, perfume, oriente,
 Querrá oponer el ambar de su aliento
 Y el clavel rojo de su faz riente.

Mas ¡ah! dijo el zagal con voz turbada,

¡Oh, cuál bulle y resuena estremecida
 La oscura cerca del zarzal selvaje!
 ¡Ay, cuál se mueven las frondosas vides
 Apartadas del rústico bosque
 Por sagaz mano y paso temeroso!
 ¡Ah! Sin duda Milon en sus ardides,
 Astuto, me prendió, y viene odioso
 A cobrar con el lasto de sus iras
 La deuda que en mi daño
 Contrae en el presente
 Y en los hurtos pasados de trasaño.
 ¡Yo entre los lazos de un villano preso,
 Cogiéndome en mi hecho sin disculpa!!
 (Azar que jamás cupo á mi destreza).
 ¡Con qué rústico esceso
 De alborozo, de plácemes y risa
 Tomará su vileza
 Negra venganza en mi delito y culpa!
 Acaso por vision de esta comarca,
 Me mostrará amarrado
 Al arbol mismo do cumplí mis robos.
 No de otra suerte, misera raposa,
 En el vivir cogida,
 Escarnio es de la turba clamorosa,
 Con silvas, con ultraje y cruda herida,
 Hasta perder la vida,
 Y en actitud no airosa,
 Que horror y risa llama,
 Atalaya del monte en grima y burla,
 En lo alto la espetan de una rama.
 El milano, asustado al verla, grita:
 Del palomar la fuina retrocede;
 Huye despavorida otra vulpeja,
 Y olvidando el redil, hato y oveja,
 Converso en faz contrita,
 Predicando invectivas contra el robo,
 A ser anacoreta de los montes
 Vuelve triste, aunque ahullando, el fiero lobo.

Yo tambien me contrito y arrepiento
 Con tal ejemplo, y mas con tu faz ruda,
 ¡Oh iracundo pastor! ya te divisó
 Con brazo alzado y con tu sien desnuda;
 Mi susto escede en mucho á tu contento.
 Sí, ¡ah! tú eres; te conozco
 En la túnica blanca,
 Con descuido ceñida y mal dispuesta.
 Ya me atisva feroz desde el aliso,
 De gozo bate palmas;
 Como jayan se rie,
 Preparando en mis lástimas su fiesta,
 Y á empuñarme se apresta de improviso »
 Al son de estos cantares,

Turbado, procuraba el rapazuelo
 Recoger la persona en breve espacio,
 Como en vapor queriendo convertirse,
 O, ya que no, rastrero entre la yerba,
 Cubil buscaba entre el frondoso suelo,
 O retiro escondido en todo arbusto.
 ¡Oh, qué miedo probó, qué horror, qué susto!

Mas pronto recobrado
 De tantos sobresaltos y congojas
 (Que en vista lince presto fijó el talle
 Del nuevo burlador entre las hojas);
 Y cierto que Milon aquel no era:
 Con voz serena y clara,
 Volviendo al punto á su infantil malicia,
 Cual si guarda ó señor del huerto fuera,
 Con reposada voz, señorial cara,
 Y en tono reprensor de la codicia,
 Al furtivo zagal recién llegado,
 Burlándolo, le habló de tal manera:

«¿Cómo así, Licas, dejas tu ladera
 Y el fértil huerto consagrado á Flora,
 Y que en verdura eterna nos mantiene,
 Con mano injusta invades á deshora?
 Yo soy el montaraz que en guarda tiene
 Por Milon este huerto y tanto ejido,
 Pues es mezuino de las rubias pomas;
 Y no, no me descuido
 Del alto encargo de mi noble empleo,
 Que el tributo negándole á Morfeo,
 Las noches velo en estas alamedas,
 Rondándolas cual Argos vigilante:
 Tú, sin duda por dar algun regalo
 A Filida, tu amante,
 Te dejaste llevar al hurto malo;
 Mas yo piadoso, y jura no decirlo
 (Pues al fácil de lengua yo aborrezco),
 Que llevarás te ofrezco
 Don y presente al bien que te enamora;
 La ofrecerás manzanas
 Puras, rojas, lozanas:
 Recibe, ten, dos de ellas,
 Mas que todas pintadas y mas bellas.....
 Y ¿aun con faz descontenta me suplicas
 Mi dádiva tachándola de escasa?
 La liberalidad tiene su tasa.
 No te puedo dar mas, no, bello Licas,
 Porque Milon, su dueño,
 Desconfiado y cauto
 Las cuenta una por una cada dia,
 Cual numera las reses de su hato.
 Adios, Licas, adios, zagal incauto,
 Y traspon la ancha linde

Antes que el amo vuelva de su sueño.

Adios... mas ¡oh alegria!

Ya traspuso el cercado

El cándido burlado.

¡Oh qué bien le engañé, cual con mis artes

Le pinté que era guarda de este soto!

Mas ¡oh! ¡qué susto dióme cuando hollaba

Las hojas que alfombraban este coto!

¡Oh visita importuna,

Ya por preso me daba y sin fortuna!

Ora ya sacaré de estas retamas

(Do lo oculté con juncos rebozado)

Mi canasto tan bello:

Completaré su colmo

Con aquellas manzanas que aun se mecen

En los tallos y vástagos mas altos

Subiendo para ello

En los robustos ramos del aquel olmo.

Ya lo colmé: ya parto alborozado

A dejarlo pendiente esta mañana,

Con una verde cinta,

En la misma ventana

De mi dueño adorado.

¡Oh cual el corazon bulle de gozo

Y cual palpita el seno

Cuando se alcanza y corta en alborozo

La dulce fruta del frutal ageno!

Otros den en ofrenda á sus amadas

Flores humildes sin olor ni precio

O frutas de endrinal en breña halladas,

Que á mí me cumple solo, rey del valle

Y de todo el confin y sus vergeles,

Ofrecer segun valgo y yo me aprecio

Por mi alta autoridad y gentil talle

Rosas, jacintos, nardos y claveles,

Pues perlas y diamantes son lisonjas,

Y por don de Pomona, solamente

Nieve y coral en pomas y toronjas.

Mas ya á Milon y su arboleda dejo:

Milon, Milon, triunfé de tu tesoro.

Ora vuelo á la choza de mi Dafnis

A rendirla mi amor con mi presente,

Pues ya la aurora sus cabellos de oro

Derrama ufana por las altas cumbres,

Y sus rosadas lumbres

Que en viso azul adornan el oriente,

Forzoso es evitar antes que el dia

Publique mi delito en la alquería,

Inflamando en mi daño el duro pecho

De Milon inclemente,

De agreste pedernal sin duda hecho.

SEFINARIS.

HIGIENE.

PRECEPTOS IMPORTANTES

PARA PRESERVARSE DE LAS ENFERMEDADES

Y CONSERVAR LA SALUD.

(Conclusion).

DE LA TRANSPIRACION.

La *transpiracion* es de tan grande importancia para la salud, que mientras se verifica solo estamos espuestos á un cortísimo número de enfermedades; pero en cuanto se *suprime*, todo el cuerpo cae enfermo.

A la *supresion* de la *transpiracion*, debemos los *reumatismos*, enfermedades que matan mas gente que la *peste*. Examinando á los enfermos, hallamos que la mayor parte de las enfermedades provienen de *reumas* violentos, ó de *reumas* leves descuidados.

La causa ordinaria de la *supresion* de la *transpiracion*, es la inconstancia del tiempo. El mejor *remedio* es esponeerse al aire durante todo el dia. Los que permanecen encerrados, estan mas espuestos á los *reumatismos* ó constipados.

Otra causa son los vestidos mojados. Es muy difícil que los que estan con frecuencia al aire libre eviten este accidente. En cuanto lo noten deben mudarse la ropa. Aconsejamos, en especial á las gentes del campo, que no desprecien este aviso. Continuamente las vemos sentarse y acostarse en los campos con los vestidos mojados, y muy á menudo dormir en semejante estado toda la noche, que es la cosa mas perjudicial del mundo.

Tercera causa, tener los pies húmedos, lo cual con frecuencia ocasiona cólicos, inflamaciones de pecho, cólera morbo, etc. Con respecto á esto, deben cuidarse mucho las personas que no estan acostumbrados á tener los vestidos ni los pies húmedos. Lo mejor que podemos aconsejarles en este caso es que se laven los pies con agua tibia, y si estuviesen muy mojadas que tomen un baño general.

Cuarta causa, el sereno ó *aire de la noche*. El sereno que cae abundantemente despues del calor del dia, hace que el principio de la noche sea mas perjudicial que el tiempo frio: los viajeros, los artesanos, cuantos estan espuestos al calor del dia y las personas delicadas deben evitar el sereno con el mayor cuidado.

Quinta causa, las *camas húmedas*. Debemos guardarnos de dormir en las camas que las familias reservan para los huéspedes, á menos que mientras no los haya duerman en ellas los criados ú otras personas. Las camas colocadas en habitaciones sin lumbré, son peligrosas, y los viajeros deben huir de ellas como de la *peste*. Un viajero que llega mojado y transido de frio, no restablecerá la *transpiracion* sino por medio de una buena lumbré, de bebidas alcohólicas y de una buena cama.

Sesta causa, las *casas húmedas*. Nada mas perjudicial que las casas situadas en terrenos húmedos y cenagosos. Los cuartos bajos, y los principales deben tener mucha elevacion. Se procurará no habitar en casas acabadas de construir, sea por causa de la humedad,

sea por el olor que producen el yeso, la cal, las pinturas, etc. El *asma*, la *consumcion* y las afecciones *pulmonares* tan comunes en los que trabajan en la construccion de edificios, prueban suficientemente lo mal sano de las casas acabadas de construir.

Sétima y última causa, de la *supresion* de la *transpiracion*, el paso repentino del calor al frio. Nadie se constipa mucho sino se halla caliente; cuando lo estamos, nos conviene abrigarnos bien para salir al aire, cuidado que sobre todo recomendamos á los artesanos y trabajadores, como asimismo que no duerman al aire libre, ni beban licores frios y flojos cuando esten acalorados. Si la sed les atormenta, pueden mascar frutas, ó plantas ácidas que la naturaleza nos ofrece por todas partes. Un sorbo de agua mantenido en la boca y arrojado en seguida produce el mismo efecto. Puede tambien añadirse un bocado de pan á este sorbo de agua, lo cual todavia mitigará la sed con mayor seguridad y con menos riesgo.

Concluimos repitiendo que es indispensable si queremos cortar los constipados guardarnos con el mayor cuidado de pasar súbitamente del calor al frio, mantenernos en una temperatura igual mientras sea posible, y en la hipótesis contraria, enfriarnos por grados.

Tiempo que viven algunos animales.

La vida del oso rara vez pasa de veinte años.

El perro y el lobo viven veinte años.

La zorra de catorce á diez y seis.

La edad ordinaria de los gatos son diez y siete años.

Una ardilla, una liebre ó un conejo de cinco á ocho años.

Los elefantes, segun dicen, viven hasta cuatrocientos años.

El rinoceronte cincuenta años.

Los caballos pueden llegar á la edad de setenta y dos años; mas por lo comun no viven mas que veinte y cinco ó treinta.

El camello suele llegar á los cien años.

En Viena murió un águila de ciento cuatro años.

Los cuervos suelen pasar de los cien años, y los cisnes de los trescientos.

Una tortuga vivió mas de ciento noventa años.

Los pelicanos y los ciervos viven largo tiempo.

El carnero por lo regular no pasa de los diez años, y la vaca de los quince.

REVISTA DE MODAS.

El pantalon, hasta hoy usado únicamente como pieza de abrigo, se ha introducido en los trajes de baile, para los cuales se hacen elegantes pantalones á la turca cerrados al tobillo con un brazalet de plata. Esta moda tiene por objeto proteger la pierna contra las indiscreciones del wals y de la polka.

No carecen de gracia y hacen muy buen juego con los pantalones á la *sultana* (este nombre de importacion asiática se les ha dado), unos borceguíes ó coturnos de raso blanco abrochados

hasta la punta del pie con dos cordones entrelazados.

Como las tendencias masculinas reinan y se propagan, el chaleco se generaliza, de suerte que para una señora es ya de indispensable necesidad. Las jóvenes se han habituado á él tan pronto y fácilmente, que no podrán consolarse de su pérdida el dia que cambie la moda.

El chaleco se lleva á discrecion, alto, en forma de chal, abotonado hasta el cuello, medio desabrochado ó desabrochado del todo.

El chaleco abierto ha puesto en moda el camisolin enteramente igual á la camisa de hombre, sin mas diferencia que el cuello lo forman dos pequeñas puntillas de encaje.

El corte de los vestidos ha sufrido una importante modificacion que ha obtenido los aplausos de todas las personas de buen gusto. Hablamos de la supresion de la punta en los vestidos cerrados hasta el cuello, conservándose sin embargo en los abiertos y escotados.

En cuanto á sobretodos y manteletas, la *Maintenon* y la *Bretona* siguen triunfando de todas sus rivales, aun de la *Carmelita*, la mas fuerte de sus enemigas, y mereciendo la proteccion del mundo elegante.

En Francia el *imperialismo* principia á introducirse en los dominios de la moda, cuyo imperio sigue el influjo de las modas del Imperio. Ya se habla con toda seriedad de la resurreccion del *Vit-choura*, y para celebrar su vuelta al mundo, se pretende darle cierto aire juvenil adornándolo con plumas.

Pasemos á los tocados. El mas en moda es el pufo, adorno que hizo las delicias de nuestras abuelas, y hará á estas horas las de sus nietas. ¿Y qué es el pufo? se nos preguntará. Un adorno de blonda en forma de concha con lazos de cinta destinados á reemplazar las trenzas de los cabellos desterradas repentinamente, no sabemos por qué. Por ambos lados, pasa por los bandós una pluma que viene á caer sobre la oreja, y unos lazos de cinta cuyas punas bajan rozando los mejillas y flotan sobre el cuello. Pero lo que forma toda la gracia, toda la coquetería, todo el capricho del pufo, es la inspiracion, el genio, cosas que por desgracia no pueden analizarse.

Bien quisiéramos hablar de otros peinados y adornos; pero nos falta espacio, y nos vemos precisados á ocupar el que nos queda con otros objetos.

La capota Pompadour, es una divina mezcla de crespon, terciopelo acanelado, blonda y capullos de rosa; los sombreros de fieltro se adornan con un sencillo terciopelo ancho. Otro hemos visto de terciopelo y paja de arroz, al cual pertenecen de derecho los honores de la estacion. El ala es de terciopelo, y lleva al borde una cinta de paja de unos dos dedos de ancha. Una esterilla de dicha paja en forma de media luna, y guarnecida por arriba y abajo con una puntillita, divide la copa del ala: el bavolet mezclado con paja y terciopelo; á los dos lados una pluma, mitad blanca y mitad del color del terciopelo; en la parte interior del ala dos ramilletes, blanco el uno y de color de rosa

el otro, adornados con cintas de los mismos colores, pero en órden inverso, es decir, el blanco con cinta de color de rosa, y el de este color con cinta blanca, y atados con un ancho encaje.

Este es el retrato mas fiel que hemos podido hacer de tan hermoso sombrero; pero le falta lo que á todos los retratos, la vida. Es preciso, pues, que en el buen gusto y en la habilidad de las manos, las flores, las plumas y las cintas adquieran animacion y vida, y no sean cosas insensibles.

Los objetos de pelo son de última moda, y en nuestro concepto con razon. Porque en efecto, ¿qué arte puede ser mas agradable que aquel que une la elegancia á los sentimientos del alma, y hace que un objeto de lujo sea al mismo tiempo un recuerdo y una prenda de afecto? Con este doble título los dijes de pelo se recomiendan al amor, á la amistad, al respeto y á todos los sentimientos que forman el placer del alma y las delicias del corazon.

ESPLICACION DE LOS DIBUJOS.

Núm. 1. Mitad de un cuello bordado á trencilla. En nuestro número próximo daremos este dibujo entero y una larga explicacion teórico-práctica sobre esta clase de bordado.

Núm. 2. Sombrilla hecha á ganchillo con hilo de Escocia, ó de la marca C. B. número 110. Tambien puede hacerse con seda del color que se quiera, segun el gusto de la persona que haya de usarla.